

EL TESORO MALDITO DE IBN MARDANÍS

Malik Hassan salió, poco antes del amanecer de aquella fría mañana de otoño, para sacar sus ovejas a pacer. Su familia llevaba varias generaciones en la Cora de Jaén. Eran descendientes del mismísimo Abil-Jisal, último sabio de Al-Andalus, que había nacido en *Furgalit*, conocido por los cristianos como Gorgollitas. Ese pueblo estaba a menos de una jornada de Miller, lugar donde se había establecido el padre de Malik. Conquistado este territorio hacía años por los castellanos, a su familia le habían permitido vivir a cambio de convertirse al cristianismo.

Así que, para los cristianos, Malik se había pasado a llamar Roberto de Segura e iba a misa todos los domingos junto a su familia. Pero en su casa seguía profesando lo que para él era la religión verdadera en secreto. Seguro que el profeta Mahoma sabría perdonarlo, quizás algún día llegaría el momento de volver a reclamar lo que por derecho les pertenecía.

Había tomado dirección al este con rumbo al collado Millerete. Aquel paisaje salpicado de pinos laricios ofrecía abundantes pastos y permitía recoger hierbas aromáticas como el romero y el tomillo. Tras menos de media legua de camino, una lluvia torrencial le sorprendió en medio del campo sin apenas abrigo. Afortunadamente, el abandonado castillo de Miller con su imponente torre vigía estaba a unos cientos de pies y le ofrecería abrigo hasta que arreciara el temporal. Era un lugar salpicado de leyendas y que, en días como aquel, ofrecía un aspecto lúgubre. Pero Malik era un hombre valiente que no se dejaba influir por historias de miedo para niños.

Una vez dentro, apiló unas ramas y encendió un fuego que le ayudara a secarse al abrigo de la lumbre mientras amainaba la lluvia. A pesar de haber pastoreado en sus cercanías en multitud de ocasiones, era la primera vez que visitaba aquel lugar. Todavía conservaba parte del mobiliario, aunque la suciedad y las telarañas indicaban que por allí hacía tiempo que no vivía nadie. El antaño baluarte defensivo árabe, ahora en fase de ruina, era ya tan solo el testigo mudo de un pasado esplendoroso.

Una hora después y con su ropa ya casi seca, dejó de llover, abriéndose un claro que permitió a los rayos de sol penetrar en la fortaleza, iluminando todo con un dorado intenso y permitiendo al pastor observar aquel edificio con detalle. No había nada de interés, aunque quizás se podría llevar algún taburete a casa. Nadie estaría allí para reclamarlo. Al fondo se divisaba una gran puerta de madera entreabierta. Por su ubicación debía ser la que permitía el acceso a la torre. Curioso, se acercó y pasó al interior. Dentro se divisaba la escalera que llevaría a la parte superior de la torre. En el suelo había una trampilla. Intentó abrirla pero estaba cerrada con llave. En el dintel, se podía ver una inscripción en árabe que decía «la fortuna te permitirá cumplir todos tus deseos».

Malik no entendía cuál podría ser el significado de aquella frase, lo mismo era un simple arabesco colocado con fines decorativos. Así que volvió a su casa antes de que atardeciera. Durante la comida le contó lo que le había pasado a su esposa Zaida. Ella era descendiente Aben-Butassa, señor de la zona que había estado al mando de aquel castillo hacía casi cien años. Estaba embarazada de dos meses, en breve tendrían el primer hijo, Malik deseaba que fuera una niña a la que pondría de nombre Azahara.

—Mi abuelo me contaba muchas historias, decía que estaba encantado y lleno de secretos.

—Prácticamente no hay un paraje abandonado del que no haya cuentos para no dormir, mi querida esposa —dijo Malik con una sonrisa burlona.

—Algunas de esas historias son verdaderas —contestó ella sin seguirle la corriente—. En particular, recuerdo la leyenda del tesoro oculto de Muhámmad Ibn Mardanís, el «Rey Lobo». —Ante la cara de sorpresa de su esposo al mencionar al legendario caudillo muladí de orígenes cristianos mozárabes, Zaida continuó con su relato—. Mi abuelo decía que una gran cantidad de riquezas estaban escondidas en algún lugar de aquel castillo, pero nunca nadie encontró nada.

Al día siguiente Malik salió de nuevo con sus ovejas hacia el collado Millerete. Cuando pasó cerca del castillo le echó un vistazo. Aquel día, la tenue luz de la mañana permitía ver detalles de la torre de tapial. Decidió sentarse a la sombra de un pino para comer algo. El suelo estaba regado de pequeñas piñas que indicaban que el tiempo de recogida estaba cercano. Abrió su zurrón y sacó un trozo de buen queso fresco de cabra y pan de *fatir* que su esposa había cocido en el horno de Miller, todo ello regado de tragos de *ayran* con un toque de menta que llevaba en un pequeño odre.

Mientras comía, no paraba de pensar en la historia que su mujer le había contado y el acertijo que había descubierto dentro de la torre. Terminado el desayuno, se decidió a echar un vistazo, no perdía nada en el intento. Una vez dentro, pasó al interior de la torre y releyó la inscripción: «la fortuna te permitirá cumplir todos

tus deseos». «¿A qué se refería con la fortuna?». Pero no lograba encontrar respuesta a su acertijo. Así que, tras horas de búsqueda en vano, volvió a su casa decidido a olvidarse del asunto.

Unas semanas después, conversaba animadamente con su esposa tras una buena cena. El día anterior habían matado un cordero y ella había cocinado *amaniya*, un guiso a base de paletilla de cordero metida en miel de romero y especias. Tras la comida, ella le ofreció un regalo, un colgante que había estado tallando en una lasca de madera. Se trataba de una mano abierta con un ojo en su palma. Él reconoció el amuleto enseguida, se trataba de la «mano de Fátima», conocida como *Jamsa* en árabe, símbolo ancestral de protección no solo de musulmanes sino también de judíos.

—Espero que este regalo te traiga fortuna y protección, mi amado esposo. —
Zaida puso el colgante, colgado de un trozo de hilo de cuero, sobre el cuello de su pareja. Él no creía en esas cosas, pero se sintió agradecido por el detalle y sonrió detrás de su poblada barba de color castaño.

En ese momento, Malik dio un salto de la silla, tanto que asustó a su mujer que lo miraba extrañada. ¡Había visto ese símbolo en una de las paredes del castillo de Miller! A la mañana siguiente iría a comprobarlo, quizás fuera una señal. ¿Estaría todo relacionado con la inscripción del dintel de la trampilla del interior de la torre?

Pero al día siguiente llovía a cántaros y no pudo salir en todo el día. Y así se llevó tres largas jornadas, interminables horas sin apenas nada que hacer. Al

cuarto, las nubes desaparecieron y pudo emprender el camino hacia el castillo de Miller.

Una vez dentro encontró el símbolo que buscaba. En una piedra de poco más de un palmo de largo y algo menos de altura, aparecía la «mano de Fátima» grabada. Tras observarla con detenimiento, se dispuso a tocarla. Con solo hacer algo de fuerza, se percató de que la piedra estaba suelta. Tiró de ella como pudo y logró sacarla. Al instante salieron varios escarabajos, del susto dio un paso atrás hasta que se dio cuenta de que no era nada de lo que tener miedo. No alcanzaba a ver nada en su interior, el hueco parecía bastante profundo. Sin miedo, metió el brazo. Cuando iba a la altura del codo pudo sentir como algo se paseaba por su antebrazo y le daba pequeños mordiscos. Pero no había llegado hasta allí para nada. Así que siguió metiendo el brazo hasta que tocó un objeto metálico. Empujó con fuerza, ¡cuánto le hubiera gustado en ese momento ser tan alto como su primo Abdel! Finalmente logró asir el objeto y, con fuerza, tiró hacia atrás, logrando sacar el brazo del pequeño atasco que había sufrido. Al momento se retiró todos los bichos que se le habían subido para, al fin, detenerse en el objeto que había rescatado de la oscuridad. Se trataba de una llave dorada. Con nerviosismo, se dirigió a la trampilla del interior de la torre. Introdujo la llave en la cerradura y con emoción pudo ver cómo esta giraba y hacía un clic metálico que anunciaba que la puerta quedaba desbloqueada. Asió con decisión la aldaba y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Al abrirse la trampilla, una escalera descendente se mostró ante sus ojos. Encendió una antorcha y bajó por la misma, accediendo a una estancia grande, mucho mayor en tamaño que la torre bajo la que se ubicaba. Al iluminarla con la antorcha se asustó al observar varias figuras de unos cinco pies de alto. Parecían

estar quietas, así que, tras las dudas iniciales, se acercó a ellas con cautela. Se trataba de esculturas de hierro dorado con forma animal. Logró contar unas veinte. ¡Eran toros!

Aunque las paredes estaban bastante erosionadas, aún se podían distinguir grabados que hacían entender que aquella estancia fue en su momento la antesala a un oratorio. El detalle al fondo del *Mihrab* aún visible con una hornacina casi intacta no dejaba lugar a dudas. A medida que se acercaba, la sensación de claustrofobia iba aumentando. Eso, sumado a las sombras que se dibujaban en las paredes por la tenue luz que emitía su improvisada antorcha, hacía que una sensación de terror se fuera apoderando de su ser, sintiéndose vigilado por lo que a él le parecían decenas de ojos de aquellas extrañas esculturas. El eco de los pasos resonando en la distancia agregaba un elemento inquietante al ambiente que aumentaba más si cabe la sensación de aislamiento y peligro. El silencio opresivo solo se veía interrumpido por el susurro distante del viento que le recordaba al aullido de un lobezno hambriento. «¡Céntrate, Malik, no seas un cobarde! Todo esto es producto de tu imaginación. Ve y termina lo que has empezado», se repetía el asustado pastor convenciéndose a sí mismo para seguir adelante.

Movido por sus ansias de encontrar un tesoro perdido hace siglos, observó detenidamente aquella gran sala, casi vacía si no fuera por los amenazantes toros dorados. Como era de esperar, a su derecha pudo encontrar una sencilla *minbar* con tres escalones. No se atrevió a pisarlos porque ese privilegio sólo le estaba reservado al *imán*. Aunque nunca había sido excesivamente estricto con su religión, aquella pequeña sala le invitaba a tomarse unos instantes de reposo para meditar, y sin apenas darse cuenta en unos pocos segundos se encontró

dejándose llevar por la oración donde, una tras otra, las estrofas fluían danzarinas de sus labios en una perfecta coreografía metódicamente programada.

Una vez terminó sus rezos, salió de ese pequeño habitáculo dispuesto a seguir investigando aquella sala llena de esas extrañas figuras. Aunque al principio no se había percatado, éstas estaban dispuestas en fila a todo lo ancho y largo de la estancia como si estuvieran formando guardia protegiendo algo en el centro de ésta. Pero, para su sorpresa, en el centro no había nada.

Esperando encontrar alguna pista más que le ayudara a continuar en su fugaz cruzada hacia su imaginario tesoro, le dedicó algo más de tiempo a observar esas polvorientas esculturas metálicas. Al mirar más detenidamente pudo comprobar que eran figuras que representaban a toros en diferentes posiciones de ataque, con unas grandes cabezas talladas y expresiones de furia que podrían asustar hasta al más valiente de los soldados. Estos animales llevaban fijado a su cuerpo diferentes piezas sueltas que formaban una especie de armadura. Lo que le llamó la atención es que algunas de estas piezas tenían talladas símbolos cristianos. «Quizás las estatuas procedían de alguna de las conquistas del «Rey Lobo» y las guardó aquí como trofeo», pensó Malik para sí mismo.

Como si se tratase de una descarga eléctrica que recorriera todo su cuerpo, a su mente le vino una de las tantas historias que su mujer le tenía acostumbrado a contar después de cenar junto al calor de su acogedora chimenea. ¿Llevaría razón el abuelo de su amada esposa y podría estar frente al tesoro del Rey Ibn Mardanís? Aquella posibilidad le emocionaba de tal manera que cualquier rastro

de miedo quedaba minimizado ante la ansiedad que le producía encontrar algo tanpreciado.

Demasiadas coincidencias se daban ahora en esa estancia que apuntaban a que esa leyenda de niños pudiera ser cierta. Pero, ¿dónde podría estar oculto el tesoro de uno de los mayores sanguinarios de la historia?

Durante un largo tiempo analizó cada esquina de esa habitación y de las estatuas buscando algo que le ayudara a resolver el acertijo que allí se le presentaba, y aunque estaba algo más tranquilo que cuando entró, aún seguía teniendo esa sensación de que alguien o algo lo observaba constantemente. Además, su intuición le decía que algo se le escapaba. Algo debía de haber en esa habitación que le hiciera avanzar hacia la siguiente pista; pero después de horas de búsqueda todo seguía igual que al principio, encallado en un laberinto sin salida.

Desesperado y con su paciencia agotada, Malik decidió dejar esta incursión para el día siguiente ya que se estaba haciendo de noche y seguramente su mujer estaría empezando a preguntarse si algo le había pasado. Conocía demasiado bien a su esposa y sabía que no era bueno preocuparla y más si cabe si las razones eran por perseguir cuentos de hadas sin fundamento. Así que emprendió el camino de vuelta, ya habría tiempo en otra ocasión.

Al empezar a subir las escaleras que le devolverían a la entrada de la torre y así poder salir a la superficie del castillo, un susurro inquietante similar al aullido de un lobo recorrió toda la sala consiguiendo apagar por completo su antorcha y dejándolo por unos instantes completamente a oscuras. «¡Tranquilo, sólo es el viento!», se repitió Malik varias veces mientras las piernas le temblaban como si

hubiera estado subiendo montaña arriba durante horas para rescatar a una de sus ovejas perdidas.

Tras unos instantes de nerviosismo, el pastor consiguió concentrarse y prestar más atención a ese silbido afilado y agudo que ahora se seguía repitiendo. Respiró hondo para agudizar sus oídos y descubrió que este sonido provenía del nicho del fondo de la sala, más allá del arco de herradura. Guiado por esos aullidos y usando sus manos para no tropezar con nada, consigue llegar a la entrada de la pequeña sala donde resuenan ahora más fuertes esas rachas de viento que cortan el ambiente como cuchillos. Al escucharlos detenidamente se percata que estos sonidos provienen de lo que parece ser una pequeña grieta justo encima del *minbar*. Parado justo delante de los escalones y pidiendo disculpas al profeta Mahoma, se arma de valor para colocar su pie justo en el primer peldaño de la pequeña escalera, pisando fuerte para no perder el equilibrio y así continuar hasta el último de los pequeños y desgastados peldaños. Pero cuál es su sorpresa cuando, al pisar el último de los escalones y dejar caer todo su peso en este, algo cruje sacudiendo todo el suelo y haciendo temblar las paredes de la cámara enviando cascadas de polvo y piedras sobre la sala de las estatuas.

Tras unos largos segundos de pánico y una vez los temblores han terminado, Malik consigue bajar lentamente los escalones para ver qué es lo que ha ocurrido en la sala anexa, rezando para que el derrumbe no le haya dejado encerrado para los restos de sus días. Nunca se perdonaría terminar así su corta vida y abandonar a su esposa a la soledad de la viudez sin una respuesta de su desaparición espontánea.

Superada la confusión, trata de buscar casi a tientas una antorcha. Una vez encendida y tras esperar a que el polvo se asiente, puede ver cómo en el centro de la estancia, en medio de las figuras de los toros dorados, se ha abierto una nueva trampilla que accede por medio de una gran escalera de piedra a un nivel inferior. Asustado pero envalentonado ante la esperanza de encontrar un gran tesoro, Malik desciende con cautela hacia su nueva aventura. Lo que ahora se mostró ante sus ojos superó todas sus expectativas.

Ante sus ojos se muestra una sala del mismo tamaño que la anterior pero con los techos mucho más altos. En contraposición con el austero nivel superior, esta profunda sala está profusamente decorada con lo mejor del arte islámico: techos con mocárabes, paredes recubiertas de azulejos en vivos colores con motivos vegetales y geométricos, esbeltas columnas, arcos de herradura... toda una serie de elementos ornamentales que otorgan a aquella estancia un aspecto majestuoso.

De nuevo, en la sala, se aprecian algunas estatuas, aunque estas más esbeltas y trabajadas con mayor esmero por el artista. Se tratan de esculturas de hierro con forma humana. Logró contar unas treinta. Era como una escena cortesana con el rey, sus escribas y ministros, músicos y una bailarina con un brazo alzado agitando un *riqq*, lo que los cristianos llamaban pandero. Pero allí no parecía haber nada más. Encendió varias antorchas y pudo observar la escena en su totalidad. En el sillón del trono aparecía la leyenda: «Ibn Mardanís, el Rey Lobo». La leyenda tenía parte de realidad, ¡allí estaba ante el famoso monarca guerrero! Pero ni rastro del tesoro.

Alzando la cabeza hacia las paredes de la sala, pudo observar una inscripción grabada en árabe:

«Contempla el fuego que parece una danzarina,
que agita las mangas de su túnica en la emoción del baile
y que ríe orgullosamente del ébano del que procede...».

La parte final del poema había sido arrancada deliberadamente. De repente, recordó esas estrofas que tantas veces su madre le recitaba antes de dormir. ¡Había sido escrito hacía más de un siglo por su antepasado Abil-Jisal! Malik se puso a recitarlo mentalmente hasta que vino a su mente la última estrofa: «...¡al ver transformada su esencia en oro!». El pastor se volvió hacia la estatua de la bailarina y se acercó a ella. La recorrió a su alrededor sin ver nada especial. Repetía mentalmente el poema una y otra vez en búsqueda de ayuda. Alzó la vista y vio el brazo en alto de la bailarina. ¡*Yurika!*, que en árabe significa eureka. Lo agarró y tiró con fuerza de él. De repente, el brazo giró hacia abajo como si fuera una palanca y al instante se escuchó un ruido metálico, abriéndose un hueco en la espalda de la estatua. Ante sus ojos un arcón abierto lleno de monedas de oro. Apenas pudo ponerlo en el suelo, debía pesar al menos ochenta libras. Había varios cientos de denarios de la ceca cristiana de Valencia, la *Balansiya* árabe, ciudad conquistada por el «Rey Lobo». ¡Era rico! Con tanto dinero podría vivir el resto de su vida junto a su esposa y asegurar una buena dote para su pequeña Azahara.

Pasada la euforia del momento, consigue salir por la vieja trampilla sorteando algún que otro montículo de piedras, dispuesto a buscar sus viejas alforjas para empezar a sacar todas las monedas posibles e ir transportándolas poco a poco a su casa. Una ligera brisa húmeda le anuncia que se acerca la noche, refrescándole una piel aún llena de polvo de escombros.

Disfrutando de la calma que se respira ahí fuera, vuelve a imaginar la cara de sorpresa que su esposa pondrá y lo feliz que serán los próximos años. Aún no se lo termina de creer. Riéndose para sus adentros reconoce que al final había servido de algo haber escuchado tantas leyendas e historias ancestrales, aunque esto no se lo reconocería nunca a su amada.

De pronto y como si fuera una señal de lo que estaba por llegar, el silencio fue roto por el aullido, esta vez sí, de lo que parecía ser un lobo en la lejanía. Sonaba lo suficientemente lejos como para no preocuparse, pero este aviso le hace pensar que debería partir lo antes posible para no llegar a oscuras a casa y evitar así posibles contratiempos.

Con las fuerzas recuperadas vuelve a entrar en la sala para disponerse a guardar su tesoro lo más rápido posible. Maravillado con lo que tenía entre sus manos, se percató de que las monedas de oro tienen algo extraño en su superficie, ya que están cubiertas de algo que la fina capa de polvo no deja ver claramente. Tras mojarlas y frotar con un poco de agua, Malik pudo ver lo que tenían incrustadas las monedas, y lo que descubre le revuelve el estómago haciendo que inmediatamente las deje caer al suelo horrorizado. ¡Las monedas están cubiertas de sangre seca!

Como si del mordisco de una serpiente venenosa se tratara, a su mente le vinieron historias de su niñez sobre lo cruel y sanguinario que era el Rey Ibn Mardanís y de las perturbadas maneras que tenía de ganar sus batallas y conseguir sus objetivos, no importándole asesinar a sangre fría o traicionar a los suyos para su beneficio propio. ¡Incluso recordó que en su locura asesinó a sus hijas y a sus nietos para vengarse de uno de sus primos! Un verdadero dictador despiadado que no tenía principios salvo los que en ese momento más le

beneficiaran. Así es como amasó su fortuna a lo largo de su reinado. ¡Y ahora él tenía esa sangre en sus manos!

Esto lo cambiaba todo. Él no tenía el alma limpia pero una cosa era eso y otra cosa era vivir sabiendo que estaba usando un dinero manchado de sangre para hacer más fácil su día a día. Eso en cierta medida lo haría cómplice de esos asesinatos. Así que tomó la decisión correcta. Dejó aquella sala y cerró la trampa de nuevo con llave. «¡El tesoro de los muertos en el olvido ha de quedar!», se dijo para sí mismo.

Y así volvió de vuelta a casa. Con un paso lento pero firme, y acompañado desde algún rincón que no llegaba a divisar por la vibrante y ensordecedora sinfonía de aullidos de su nuevo “amigo” el lobo.

Aquella noche le contó la historia a su esposa. Ella, prudente y piadosa, no quiso saber nada de volver por aquel tesoro maldito. Aquella aventura se podía dar por cerrada.

Pero las cosas no fueron bien en los meses siguientes. Las deudas acosaban a Malik. Aquella noche, se acostó lleno de dudas. Dejó, como todos los días, el amuleto de la «mano de Fátima» encima de una pequeña mesita e intentó conciliar el sueño, aunque llevaba días sin apenas dormir. En la cama y ya a altas horas de la madrugada, decidió finalmente ir al castillo y coger tan solo unas monedas, solo las necesarias. «No estaba haciendo nada malo», se convencía a sí mismo.

Así que, a la mañana siguiente, repitió el ritual de tantas otras veces y marchó con las ovejas hacia aquel paraje. Se había dejado el amuleto en casa, esperaba

que no fuera un mal augurio, aunque él no creía en esas cosas. La mañana era fría y húmeda y el suelo estaba casi embarrado, pero su ansiedad le llevó en poco tiempo a su destino, el castillo de Miller. Una vez dentro, repitió todo el ritual de ocasiones anteriores hasta que llegó a la sala inferior. La humedad hacía el ambiente casi insoportable, la cercanía a alguno de los ríos que bañaban la zona dotaba a todo de una capa de rocío que en fechas invernales llegaba casi a la congelación.

Allí seguía el dinero en su sitio, nadie había tocado nada. El pastor se acercó con miedo, el silbido del viento se hacía cada vez más intenso, como si un lobo fantasmagórico acechara en búsqueda de su presa. «No tengas miedo, es solo viento», repetía Malik mentalmente mientras se agachaba a coger las monedas y abría un pequeño bolsito que llevaba anudado en su cintura. Sólo cogería diez monedas de oro, con eso sería suficiente para saldar sus deudas y vivir unos meses desahogado.

Finalmente le pudo la avaricia y fueron treinta las monedas que tomó de aquel lugar, tantas que no le cabían en el bolso y tuvo que usar el turbante como improvisado recipiente para aquel tesoro. Se prometió, eso sí, que ya no volvería allí. O quizás sí, pero solo en caso de extrema necesidad. Por supuesto, nadie más tendría que saber de su secreto, aquello era como un seguro de vida y no lo pensaba compartir con otros.

El pastor comenzó el camino de vuelta, subiendo las escaleras que le llevaban a la sala de los toros, como él la había bautizado. Una vez allí, le pareció ver que los novillos estaban más cerca de la trampilla de acceso que en ocasiones anteriores. Incluso parecía como si lo estuvieran mirando fijamente dispuestos

a atacar. Pero aquello era imposible, eran estatuas. Quizás se trataba de su imaginación. Aun así, decidió salir de allí cuanto antes.

Sin embargo, un ruido ensordecedor surgió por su espalda. Parecía un sonido procedente de un animal rabioso. ¡Era un mugido! Malik se giró con cautela y pudo ver con horror como uno de aquellos astados estaba a escasos palmos de él, echando humo por su nariz y en actitud claramente desafiante. El sonido se repitió de nuevo a su espalda, luego a su izquierda y finalmente a su derecha. ¡Estaba rodeado, aquello era imposible! De repente, una carrera, varios golpes y de nuevo se hizo el silencio, tan solo interrumpido por el ruido de unas monedas de oro que cayeron al suelo y rodaron hasta quedarse pegadas en un charco de sangre.

Aquella noche, Zaida esperaba con ansiedad a su esposo. Sabía que algo raro estaba pasando. Los últimos meses no habían sido buenos. Además de los achaques típicos del embarazo, tenían numerosas deudas, aunque Malik se esforzaba en esconderlas para no preocuparla. Pero los rumores en el pueblo se extendían con facilidad, además él nunca había sido del agrado de una parte de su familia, que parecía aprovechar cualquier ocasión para atacarle.

Ella todavía recordaba los momentos de su infancia y juventud en Génave, un bello lugar al otro lado del puente que cruzaba el río Guadalimar conocido por los árabes como Assinabi en referencia a la planta medicinal que en primavera cubría con un manto amarillo los campos colindantes.

Desde aquellos tiempos, los celos de sus tres hermanas, envidiosas porque él no eligiera como esposa a una de ellas y sí a la más pequeña de las cuatro, que

por aquel entonces tan solo tenía catorce años recién cumplidos, hicieron que la relación con su familia fuera prácticamente nula.

De aquello hacía más de diez años, y ella aún seguía enamorada de su fiel esposo, un hombre bueno. Eso sí, a diferencia de él, ella sí se había convertido al cristianismo y no entendía la actitud de su marido que cualquier día les podía causar un problema. Aunque él la seguía llamando Zaida cuando estaban a solas, ella prefería su nuevo nombre, María del Campo, en honor de la patrona de su pueblo natal.

Ella sabía adonde había ido él aquella mañana. Le había repetido que lo dejara, que sobre aquel lugar pesaban leyendas y maldiciones. Pero él nunca le había creído y casi se tomaba a broma sus historias. Y ahora, si de verdad había un tesoro escondido, ella sabía que Malik arriesgaría lo que fuera con tal de asegurar la supervivencia de su familia.

Las horas pasaban, ya era casi medianoche, y Zaida comenzó a desesperarse. El sonido de los lobos era lo único que rompía el silencio de la noche, un aullar que cada vez sentía más cercano. De repente, sintió un ruido delante de su puerta, como si un animal estuviera husmeando. No era la primera vez, lobos y perros solían merodear la casa de vez en cuando en búsqueda de algo de comer, pero nunca habían atacado a humanos. De repente, escuchó algo de caer en el suelo y luego una carrera. Salió emocionada afuera con la esperanza de que fuera su esposo. Pero se trataba de un lobo que emprendía la huida a la luz de la luna llena.

Cuando iba a cerrar la puerta, pudo ver algo en el suelo. Se trataba del bolso de su marido. Estaba completamente manchado, en el interior había varias

monedas que parecían ser de oro. Entró en la casa y cerró la puerta. Al acercarse a la hoguera, pudo ver con nitidez lo que era aquello. En efecto, se trataba de monedas de oro. Pero tanto éstas como el exterior del bolso estaban impregnados de algo viscoso. Al acercarse aún más, pudo ver lo que era. Se trataba de sangre. Asustada y presa del pánico, Zaida dejó caer el bolso al suelo. Las monedas comenzaron a tintinear y rodar por la habitación, la pobre mujer supo que su esposo no volvería nunca más a su lado.

Ochocientos años después, Jorge García caminaba una mañana primaveral por la sierra de Segura procedente de la Toba, ascendiendo las paredes de los Cenajicos con dirección al barrio del castillo de Miller. Era profesor de lengua en Segura de la Sierra y confeso enamorado de la naturaleza, por lo que se levantaba temprano casi todos los fines de semana y hacía rutas por aquella sierra que lo había enamorado hacía años, cuando vino por primera vez como interino procedente de su Villacarrillo natal.

Al momento llegó a su destino, las ruinas del castillo de Miller, un lugar misterioso sobre el que había leído tanto últimamente. Aquello parecía abandonado desde hacía años y tan solo quedaban los restos de la torre y algunas casas alledañas en ruinas. Sin dudarlo, se acercó a curiosear. Apasionado de la historia y traductor de árabe en sus ratos libres, no perdía ocasión para la aventura. Tras recorrer el recinto, vio en el suelo de piedra, en lo que hubiera sido el interior de la torre, un símbolo. Era escritura árabe antigua. Con cuidado fue quitando hierbas y piedras hasta que pudo leer las palabras «la fortuna te permitirá...». El resto estaba lleno de escombros. Así que decidió dejarlo como estaba y seguir con su ruta.

Pero al día siguiente vendría mejor preparado, «quién sabe si aquello podría esconder un tesoro», se dijo emocionado para sus adentros. De fondo, pudo escuchar el sonido de un lobo. «Aquello era imposible, estos animales hacía años que no se veían por aquellos parajes, debería tratarse de perros», dijo para sus adentros. Y Jorge continuó su ruta, la siguiente parada era el cortijo del Sotico, emocionado ante la nueva aventura que se le abría en aquel bello paraje de la sierra del Segura.